

PRIMERA PARTE

I

Un desastre

La India no está tan sometida como pueda suponerse á Inglaterra; ésta no triunfa por lo demás, porque el inmenso imperio de trescientos millones de hombres, más ó menos dominados por Inglaterra, está profundamente dividido.

En primer término existen dos religiones enemigas.

Los mahometanos, por una parte, muy belicosos, muy valientes, muy temidos por las otras sectas.

Los brahmanistas.

Luego sectas menos importantes, pero numerosas, como los cristianos primitivos, los parsos, los budistas, etc.

Además, razas muy diversas, bengaleses, mahabaratas, nepaleses, pindaros, etc., etc., cuya nomenclatura, escrita en diez páginas, aún sería incompleta.

Todas estas razas, castas y religiones se combaten y se aniquilan recíprocamente en provecho de los ingleses.

Con 70.000 soldados europeos y

200.000 cipayos, Inglaterra domina trescientos millones de indios.

Pero no es dueña absoluta; está obligada á respetar la independencia de los rajahs poderosos, que la reconocen, es cierto, como soberana, admiten un embajador inglés que tiene el título de residente, pero que administra directamente el reino para su primer ministro y los demás de éstos.

Inglaterra procura ir tan adelante como puede; pero ciertos estados permanecen absolutamente libres y rechazan su ingerencia; ha querido conquistar el Afghanistan y ha sufrido derrotas; el Beluchistan, el Hindu Kuk, el Scindi, la Bukaria, el Nepal, han rechazado su yugo.

En el Nepal hay realmente un residente inglés, pero es considerado como simple embajador y tratado con poca consideración.

He aquí cómo explica el profesor Hubner la situación del Nepal respecto de los ingleses:

Después de la guerra, se firmó un tratado.

«Hecha la paz—dice el conde—el Nepal no aceptó ni garantía, ni subvención y continuó independiente. Salvo raras excepciones, las fronteras están hasta hoy absolutamente cerradas á los europeos. La única concesión que se ha hecho es la admisión en la corte de Kat-

mandoo (la capital) de un residente inglés.

«Este funcionario y su médico son los únicos europeos autorizados para vivir en el territorio nepalés, y así y todo les está prohibido pasar en un límite estrechamente trazado alrededor del bungalow que ocupan.

«Además, desde el momento en que salen de la casa, tienen guardianes que no los pierden de vista».

Como se ve, el Nepal defendió siempre su independencia con gran celo.

Pero estuvo á punto de perderla en la guerra que vamos á relatar.

En el momento en que comienza este drama no estaba aún declarada la guerra entre el Nepal é Inglaterra; pero había combates en la frontera, en un pequeño reino que dependía del Nepal y que éste había sabido defender.

Era el de Messorah, que se extiende á lo largo de los primeros contrafuertes del inmenso macizo conocido por el *Techo del mundo*.

En invierno, este pequeño reino está cubierto de nieve, de lo cual proviene el nombre dado á la heroína de este drama.

El rajah, su jefe, acababa de ser vencido en una sangrienta batalla librada no lejos del bosque de Sandor.

Diez mil hombres quedaron tendidos en tierra con su jefe.

Su hija, heredera de sus Estados, era

una de esas bellezas admirables y esas



Diez mil hombres quedaron tendidos en tierra con su jefe.

inteligencias escogidas que produce Oriente; caballerosa, valiente, poética;

estaba versada en las artes misteriosas, en las secretas prácticas de la magia; había querido penetrar todos los enigmas que encierran las esfinges.

Nuestros sabios la habían encontrado tan singularmente superior, que la habían proclamado la «Maravilla de Mes-sorah» y todas las revistas europeas se ocuparon de aquella joven singular, la *Reina de las Nieves*, como la llamaban los indios.

A caballo, armada, valiente como una Clorinda, seguía á su padre á la guerra y conducía al fuego á ciento siete caballeros, escolta voluntaria de príncipes indios prendados de aquella heroína á la cual amaban sin esperanza.

Tenía el orgullo de querer permanecer virgen.

Y he aquí que en un día nefasto Nedella vió, por la traición de un aliado, trocarse en derrota una victoria, los cadáveres de los suyos caer diseminados por el campo y su ejército morir ó dispersarse.

Quedaba sola en el mundo, sin trono, sin padres, sin amigos, sin un protector.

De su escolta sólo había sobrevivido un hombre.

Le alcanzó una bala en el momento en que franqueaba el bosque de Sandor. Había caído expirando.

Se vió sola, espoleando á su indomable corcel á través de una senda perdi-

da; el animal, después de las rudas fatigas de la jornada, volaba por el estrecho camino, arrancando del suelo chispas que, por instante, parecían envolverle en un nimbo luminoso.

El bosque estaba lleno de ruidos lamentables, de alaridos salvajes.

Los heridos de aquella batalla, refugiados en los grandes matorrales, expiraban bajo la garra de los tigres, que escavaban los pechos para embriagarse con la sangre caliente.

Nedella, con los cabellos al viento, se dejaba llevar entregando su ardiente frente á los besos del aire.

Dos veces se detuvo.

Dos veces el caballo encabritado relinchó y temblaron todos los músculos de su cuerpo.

Dos veces dos luces extrañas, centelleando entre las hojas, una forma negra que formaba mancha entre el fondo sombrío y un hálito ronco que pasaba cargado de acre tufo, anunciaban un tigre pronto á saltar.

Dos veces Nedella cogió su carabina apuntó y tiró.

A cada detonación una masa caía como fulminada y rodaba desde lo alto de una roca.

El tigre había muerto.

Y Nedella continuaba su desfrenada marcha.

Después de una carrera que hubiera

reventado á diez caballos renovados, llegó al pie de una roca inmensa, bloque granítico que se levantaba sobre el bosque que le rodeaba por todas partes.

En el pico de la roca, en lo azul del cielo, se erguía una fortaleza.

Era la inexpugnable ciudadela de Rampeyo.

Era el refugio de los rajahs de Mesorah.

Era un castillo al que se llegaba por un sendero.

Sendero inaccesible para un ejército, que ningún cañón podía escalar, y que sólo los infantes podían seguir formados en línea de á uno.

Un caballo, uno solo en toda la India, el de Nedella, amaestrado desde su juventud á este ejercicio, conseguía llegar á fuerza de saltos hasta la antigua fortaleza.

La joven lanzó al valiente animal por el peligroso camino.

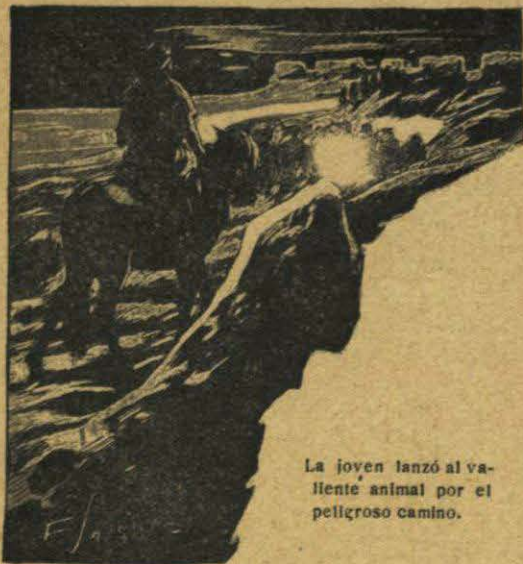
Media hora después llegaba.

Exhaló un suspiro de alegría cuando vió que desde el pico de la roca, á una altura de dos mil metros, dominaba todo el bosque; cuando vió la imponente muralla del fuerte levantarse amenazadora presta á rechazar todos los asaltos; cuando vió cien cañones en cada flanco, apuntando á pico, cargados, guardados, con las mechas llameando detrás de las cuñas; cuando vió mil cabezas negras de

la guarnición fiel asomarse á los reducidos al relincho de Mejand, el único corcel que podía llegar hasta allí.

Una larga aclamación saludó la llegada de la princesa.

La única puerta se abrió rechinando, y se tendió el puente levadizo.



La joven lanzó al valiente animal por el peligroso camino.

Pasó la joven...

Los guerreros la rodearon.

La guarnición se componía de lo más escogido y bizarro de los veteranos del ejército del rajah.

Eran los fieles guardadores de sus inmensos tesoros.

Era su último, su supremo recurso.

Aquella tropa de valientes se posternó delante de la joven.

Nedalla, la santa, bendijo todas aquellas frentes inclinadas.

Después, su voz vibró en la noche, despertando los ecos de las sonoras murallas y de las bóvedas retumbantes.

—¡Salud!—dijo.

—Levantad vuestras cabezas guerreros. Mirad á Nedella...

Los rostros se levantaron tristes, con lágrimas en las barbas blancas.

—¿Lloráis?—dijo Nedella.

—En los pliegues de mi ropa traigo noticias siniestras.

—Derrota.

—Ruina.

—Muerte.

—Todo es desesperación para nosotros.

—Sólo nos queda Rampeyo.

—Pero Rampeyo ya no será ciudadela; será la tumba en donde dormirá viva Nedella, esperando un vengador.

Luego, quejumbrosa, la joven se apeó del caballo, subió al centro del castillo, y con la mano levantada al cielo, dijo lentamente:

—Ha sonado para mí la hora de los funerales.

—Que se abra la fúnebre fosa, que se preparen los cantos de los muertos.

—Nedella va á bajar á su tumba.

La joven comenzó á rezar, mientras

subían al cielo los lamentos, coro de dolor de mil voces quejumbrosas.

II

Los funerales

El fuerte de Rampeyo era una de las maravillas de la India, no sólo como posición inexpugnable, sino como centro religioso.

Su pagoda, practicada en el granito, tenía trescientos metros de lado por cada parte, y unos doscientos de altura.

Aún en nuestros días es el más admirable monumento del arte indio.

El efecto que produce es imponente.

Imagínense columnas de una sola pieza, afectando formas de serpientes monstruosas, lanzándose alrededor de un árbol nudoso.

Sus cabezas forman el capitel.

Las colas esparcidas en la base, forman enroscamientos en los cuerpos de elefantes que soportan pilares gigantes.

Estos mastodontes, de trompa levantada, amenazan y parecen prontos á acometer á quien intente forzar la entrada.

El templo está consagrado á todos los dioses y demonios de la India.

Es un panteón ó un pandemonium,

en el que cada religión, cada culto, tiene un ídolo. Las capillas, los nichos, los altares, las inscripciones, están superpuestas desde el suelo hasta las bóvedas, con una variedad de decoración inaudita y una armonía de conjunto imponente.

Cuatrocientas estatuas, diez mil estatuitas, ciento veintisiete mil símbolos, mil millones de signos sagrados, innumerables legiones de animales espantosos de formas y de aspecto, se ofrecen á la vista del viajero, se lanzan, se encadenan, forman un conjunto grandioso.

Los sacerdotes de este templo, único en el mundo, son magos reunidos en un colegio que cuenta diez miembros y noventa y nueve adeptos.

Nedella, muy versada en el sabeísmo, había confiado este edificio, consagrado á todas las mitologías indias, á los sabios sucesores de los sacerdotes de Nínive y de Babilonia, á los guardianes de los secretos mágicos conocidos de Salomón y de algunos iniciados antiguos.

Estando la ciencia por encima de la religión, los sabios eran los que debían actuar como servidores de ese panteón extravagante.

Si el sabeísmo excluye un culto, cualquiera que sea, está lleno de ritos simbólicos, y es el único que da la clave de todos los mitos del pasado.

Estos ritos se realizaban en la pagoda de Rampeyo con una majestad y una

pompa cuya grandeza mística nadie sabría producir. Y aquella noche se realizaba una de las ceremonias más solemnes que el ojo humano haya podido contemplar.

Nedella se había colocado en las gradas del templo.

La puerta se entreabrió frente á ella, y luego volvió á cerrarse.

Así transcurrió una hora lenta.

Los enterradores sagrados preparaban en el centro de la ciudadela, al pie de la pagoda, bajo una de aquellas gradas de mármol, una tumba practicada previamente.

La guarnición esperaba sobre las armas y ansiosamente, la aparición de la virgen de cinturón de llamas, de la hija santa de los misterios del fuego, de la *Reina de las Nieves*.

Esta, rodeada de los magos, consultaba al más sabio de ellos.

Le había recibido sentada en el trípode de marfil, rodeada de su colegio, imponente como un dios en medio de sus hombres que más de cien años habían encanecido.

Aquellos cabellos de reflejos de plata, aquellas níveas barbas destacándose en aquellos pechos que tantos secretos guardaban, aquel aerópago de sabios que casi habían descubierto la ciencia de la vida eterna y hecho retroceder más allá de lo posible los límites de la

existencia, aquel templo con sus honores y sus bellezas, aquellos perfumes humeantes en las cazoletas de oro, aquella joven temblorosa delante de aquellos viejos, todo, en fin, hacía de aquella escena un espectáculo imponente que hubiera hecho nacer un religioso respeto en el alma del que la hubiera presenciado.

Nedella se prosternó tres veces delante del mago, padre de la luz y llama del Oriente. Se levantó pálida y temblorosa.

El le tendió la mano sonriente, y le dijo con voz que despertó extraños ecos bajo las bóvedas:

—¿Quieres ser vengada?

—Sí,—dijo ella.—La tierra bebe la sangre de todos los que yo amaba.

—¿Y vienes á solicitar el auxilio de nuestras inteligencias?

—Apenas me atrevo. Sé, por lo poco que soy en vuestra misteriosa cábala, que el iniciado jamás debe usar de lo que ha aprendido de las cosas ocultas sin tener el permiso de los videntes. Me resigno de antemano á una negativa, pero en tal caso no tendré otro remedio que morir.

—¿Y quieres vivir? ¿Quieres un esposo? ¿Darás tu mano á quien te devolverá tu reino? ¿Prefieres, Nedella, las alegrías y las pompas del mundo al reposo sagrado del templo?

—¡Sea!

—Tú únicamente, entre las mujeres de tu tiempo, podías esperar convertirte en una de las iniciadas y alcanzar las sublimes alturas á que llegó la reina de Saba. Pero un soplo ha ajado tu pureza, la luz está apagada en tí.

Nedella quiso protestar.

—¡Silencio, criatura!—gritó el mago.

—Leo mejor que tú en tu alma; en ella se oculta un deseo. Tú misma lo ignoras. Pero si tu cuerpo es virgen, tu espíritu ya no lo es. Vé, Nedella. Vé donde te lleva el destino. Sé mujer.

La joven se ruborizó y lloró.

Siguió un largo silencio.

El mago continuó:

—Nedella, habla. ¿Qué quieres de nosotros?

Estaba desolada.

—Quiero,—dijo,—beber de esa agua extraordinaria que hace que privados del aire se duerman el cuerpo y el espíritu y se hielen hasta el día en que la tumba es rota. Quiero dormir, aunque sea un siglo, hasta que algún héroe haya restablecido mi reino y reedificado mi trono.

«Entonces me convertiré en la esposa de quien tal haga»

Los magos se consultaron con la mirada, y su jefe pareció recoger los votos silenciosos dados con un gesto.

Nedella esperaba ansiosamente.

El mago acabó por exclamar:

—¡Sea!

«Dormirás, Nedella».

La joven exhaló un grito de alegría.

Luego quedó pensativa.

—¿Estás intranquila?—preguntó el mago. ¿Temes envejecer? ¡Bah, Nedella, tu eres siempre nuestra querida hija! Te conservaremos hermosa.

La joven se arrojó á los pies del mago que, levantándola, le dió un beso.

El mago leyó aún otro temor en el rostro de la joven. Quiso disiparlo y le digo:

—¿Dudas? ¿Tienes miedo? ¿Piensas que nuestra ciencia es, tal vez, vana, que nuestra promesa es ilusoria? Está tranquila.

A renglón seguido hizo un signo.

Uno de los adeptos desapareció.

Nedella esperó curiosamente.

El adepto reapareció llevando una piedra que había sido partida, pero vuelta á unir por medio de una composición muy dura.

—Ignoras indudablemente Nedella—dijo el mago—porqué todos los encantadores, todas las adivinatoras, todos los que imitan groseramente nuestros ritos y poseen algunos conocimientos de nuestra ciencia, porque las hadas, los adivinos, tienen un sapo, animal inmundo, como emblema de su saber.

—Efectivamente—dijo ella.

—Es una tradición por ellos sorprendida y precisamente conservada. Pero ignoran su sentido. No saben que nosotros conservamos efectivamente la vida á los que se duermen vivos en nuestras sepulturas ó aquellos á quienes dormimos. Han conservado el recuerdo vago del origen de este descubrimiento. Ahora bien, Nedella, un sapo fué el que puso á un albañil de los que edificaron el templo de Salomón, en el camino de este misterio. Un día, habiendo roto una piedra que había vuelto en todos sentidos para estudiar sus venas, y que había reconocido como exenta de toda resquebrajadura, golpeó la piedra y reconoció que contenía un sapo vivo. Este fué el punto de partida de nuestras investigaciones y de nuestros descubrimientos. Nos importa, para conservar el religioso respeto que nos rodea, hacer enterrar adeptos en presencia de la multitud y desenterrarlos sanos y salvos al cabo de bastante tiempo.

Para convencer á esos adeptos de que no corren el menor peligro, se hace delante de ellos lo que vamos á hacer en tu presencia. He aquí una piedra que contiene un sapo desde hace mucho tiempo, voy á romperla, mira.

Y el mago, con un martillo que se le dió, golpeó la piedra en un pequeño yunque.

Un sapo salió del pedrusco partido

en dos, y se puso á saltar por la estancia.

Esta vez Nedella dió un grito de alegría y se desvaneció...

Los magos se apresuraron á correr á su lado, y la volvieron á la vida.

Nedella recobró los sentidos.

—Padres—dijo—adiós. Velad sobre mi tumba. Os nombro ejecutores del testamento que hago. Quiero que el que intente restablecer mi reino pase por una prueba antes de ser sostenido por los que permanecerán fieles á mi persona y esperen mi resurrección. No hay duda que la India dará generales agueridos al héroe que se sacrifique por mí, cuando sepa que aguardo el despertar. La prueba consistirá en montar mi caballo de batalla, bajar con él las pendientes de la fortaleza, y subirlas después. Si mi corcel muere, el guerrero que se presente delante mi tumba deberá haber escalado la senda con su caballo. Con esta sola prueba se conocerá al hombre que aguardo.

El que realice el prodigio de domar mi caballo ó de amaestrar uno de semejante, será sin duda un hombre extraordinario y digno de mandar á mis subordinados. Si procedo así, es para alejar de mi sepulcro á los intrigantes y á los presuntuosos que pudieran presentarse.

—Hija mía, se cumplirá tu voluntad—dijo el mago.

Y se abrieron las puertas del templo.

III

Enterrada viva

Nedella salió del templo rodeada de todos los magos, que descendieron procesionalmente las escaleras hasta la tumba practicada en medio de un pequeño bosque sagrado.

La joven detúvose en el lindero é hizo un signo.

Los cantos de los funerales resonaron lúgubres, saliendo de mil pechos oprimidos.

Las antorchas alumbraban aquella noche.

Los grandes muros de la pagoda tomaron tintes rojizos, y los reductos se cubrieron de una aureola sangrienta.

Blanca en medio de los magos, Nedella tenía en la mano un frasco tallado en una esmeralda, y su límpida mirada estaba fija en el cielo azul.

A intervalos, cuando los cantos amortiguaban, la brisa traía del bosque los llamamientos de los fugitivos y los rugidos de las fieras, voces lamentables que ascendían de las espesuras tenebrosas.

A esos gritos siniestros, Nedella lanzaba hacia el campo de batalla que

interrogaba, perdido en el horizonte, miradas de odio; pero poco á poco volvía á recobrar la esperanza y serenidad.

Los funerales duraron hasta la aurora.

Cuando el cielo se coloreó de púrpu-



¡Las antorchas alumbraban aquella noche.

ra, la joven dictó con voz lenta sus últimas voluntades; luego, en medio de un silencio solemne, bebió el licor sagrado y se acostó en el sepulcro, que se cerró sobre ella...

Entonces los reyes se retiraron, graves y lentamente, al templo.

Los veteranos de Rampeyo besaron

uno á uno la tumba de Nedella y fueron á alinearse junto á sus cañones mudos.

Todo volvió á entrar en el orden acostumbrado.

Bajo tierra dormía una mujer esperando el despertar...

Cien palomas ascendieron al cielo, escapando del pequeño campanario de la pagoda; iban á decir á la India toda que Nedella esperaba, bajo una piedra sellada, un libertador.

Y los guerreros indios ceñían la espada para intentar la prueba, mientras los ingleses se burlaban del cuento de la *Reina de las Nieves*.

Cuatro años más tarde, Nedella oía el estertor de siete mil de los suyos, retorciéndose al pie de Rampeyo, en los sufrimientos de una agonía atroz.

SEGUNDA PARTE

LA RESURRECCIÓN

I

El fakir en el ataúd

Ocho meses habían transcurrido desde los acontecimientos que hemos relatado. Un buque acababa de entrar en el puerto de Calcuta, conduciendo, con el cargamento, numerosos pasajeros europeos.

Entre estos figuraban un centenar de hombres pertenecientes á la clase baja de la sociedad inglesa.

Todos tenían entre sí un aire de familia, y esto había sido notado.

El que los había contratado para una explotación en la India, explicaba esa semejanza diciendo que todos aquellos individuos pertenecían á un mismo tronco.

Los había tomado á su servicio, decía, en un pueblo del país de Gales, y allí, tomados los hombres de una misma localidad, son primos y tienen cierta identidad conformación.